

LA MARINA ESPAÑOLA, FACTOR ESENCIAL EN LA «REVOLUCIÓN GLORIOSA»

José CERVERA PERY

Correspondiente de la Real Academia de la Historia

Un posicionamiento temático

Desde una perspectiva histórica generalizada, el siglo XIX español presenta aspectos muy complicados. Guerra al invasor, pérdida del poder naval, constituciones y códigos políticos que nacen, mueren o se reforman; intrigas, algaradas, pronunciamientos; ejércitos paralelos (Milicia Nacional), desórdenes repetidos (el pueblo en las barricadas), represiones inmisericordes, crisis económicas (que siempre coinciden con las políticas), aumento demográfico que también pesa, y el trasiego de nuevas corrientes ideológicas y cambios estructurales, con el predominio del militar político, tan bien retratado por Salvador de Madariaga en su fabuloso ensayo *España*. Se mantienen durante buena parte del siglo los periodos de enfrentamiento y la pugna de las ideas. El absolutismo ilustrado del Antiguo Régimen sucumbe ante la eclosión de la burguesía liberal, con sus etiquetas de progresismo o moderación según los tiempos que corran. Y, como telón de fondo, la proyección de una reina, caprichosa y frívola, pero también mandona y manipuladora, que va a perder el trono precisamente tras un pronunciamiento en el que la Marina es factor esencial e imprescindible. Y hay que analizar las causas y los hechos y a los hombres del botón de ancla –todos de singular renombre– que propician tal situación. Singularmente, al brigadier de la Armada, y enseguida almirante, don Juan Bautista Topete y Carballo, que se jugó entorchados y galones en la mañana del 18 de septiembre de 1868.

Pero, mientras la monarquía se debilitaba con sus luchas internas, su política exterior recobraba prestigio, precisamente por la actitud de una Marina disciplinada y eficiente, presente en la campaña del Pacífico o en la guerra de África, que otorga relevancia a ilustres marinos como Méndez Núñez, Antequera, Topete, Malcampo, Lobo, el conde de Bustillo..., nombres, algunos, muy vinculados con el alzamiento gaditano.



Isabel II

Y tenía que ser en Cádiz, balcón atlántico, cuna de las libertades, donde también alumbrará el nuevo concepto de la democracia y el sufragio universal, en cuyo nombre –todo hay que decirlo– se cometieron muchos errores o arbitrariedades y cuya aplicación fue muchas veces adulterada por hombres de partido, cuyas ambiciones y medros personales se anteponian al legítimo ejercicio de la igualdad.

Examinemos ahora, siquiera someramente, el papel que los «espadones» de mayor nivel que van a protagonizar la «edad media» del siglo, sobre todo de los que no llegaron al Sexenio revolucionario, como O'Donnell y Narváez, fallecidos casi en las vísperas del alzamiento. El progresista Espartero echa a doña María Cristina del trono en 1840 y es nombrado regente del reino, pero su

popularidad es breve. Gobierna con una camarilla de incondicionales, fusila a los generales sublevados y bombardea Barcelona ferozmente. Su pérdida de prestigio le supone el adjetivo despectivo del «Ayacucho». Los moderados Narváez y De la Concha vuelven del exilio, y Espartero se embarca para Londres, pero antes bombardea Sevilla.

En un ambiente de permanente agitación, Isabel II es proclamada mayor de edad (1843) y utilizada por los moderados contra los progresistas. Un civil, González Bravo, y un general, Narváez, ejercerán con firmeza la autoridad, y en 1848 Narváez se adelanta para impedir que los fastos de la revolución en Francia se extiendan a España. Pero contra Narváez se alzan en forma de pronunciamiento progresistas y moderados, generales y políticos, en lo que vino a llamarse la «Vicalvarada», y surge un nuevo general, Leopoldo O'Donnell, cuyo protagonismo, al frente de la llamada «Unión Liberal», va a marcar nuevos hitos políticos, y reaparece Espartero como figura devaluada.

De 1856 a 1868 alternan Narváez y sus moderados con O'Donnell y su centro-izquierda, pero fueron naciendo otros partidos políticos de más avanzado porte: el partido demócrata, el republicano en sus dos vertientes, federal y unitaria, y nombres que van llenar muchas páginas en los acontecimientos patrios: Castelar, Pi y Margall, Martos, Sagasta, Olózaga... Y cuentan otros generales de decisivo rol, sobre todo Serrano y Prim. Este último, siguiendo la tradición progresista, intentó siete pronunciamientos en cuatro

años. El poder se desgastaba, Narváez y O'Donnell murieron en 1868, y cupo a González Bravo –que había atemperado buena parte de su energía– el dudoso honor de presidir el último gobierno de Isabel II, cada vez más criticada por sus súbditos por la influencia que sus amantes ejercían en ella y, sobre todo, por el descarado intervencionismo de un sacerdote, el padre Fulgencio, una religiosa, sor Patrocinio, *la Monja de las Llagas*, y su último «favorito», el intendente Marfori. La Reina Castiza tenía sus días contados.

Unidos pero revueltos

Reunidos en Ostende en 1866 destacados miembros de los partidos progresista, demócrata y republicano, se sientan las bases para lo que debe constituir la acción definitiva que expulse a la monarquía borbónica tras la creación de una junta revolucionaria, para presidir la cual don Juan Prim, combativo y resuelto, tiene todas las papeletas, sin que el nombre del general Serrano, duque de la Torre, deje de asociarse a la empresa. De Topete no se habla como persona física, pero sí de la Marina-institución, cuya colaboración es indispensable para el pistoletazo de salida.

Tenemos, por tanto, lo que pudiéramos llamar el soporte básico de la proyectada revolución que inicia el Sexenio, lapso que va a terminar en una España a la deriva. Francisco

Serrano, duque de la Torre, se consideraba el idóneo para dirigir el alzamiento. Había sido capitán general de Madrid y de Granada, pasando por Cuba y, en su momento, había estado muy cercano a la reina, de la que se decía había sido amante. Pero muchos autores de solvencia, Ildefonso Bermejo entre ellos, dicen que «lo mismo valía para un fregado que para un barrido». Su ambición, tal vez un poco propiciada por la duquesa de la Torre –mujer de singular belleza–, le hacía aspirar a todo, y consiguió ser presidente del gobierno provisional formado tras la deposición de Isabel II, y más tarde aun regente de un reino que iba a la busca de un rey.

Don Juan Prim y Prats, conde de Reus, marqués de Los Castillejos y vizconde del Bruch, es sin duda la personalidad más acusada del pronuncia-



Francisco Serrano



Juan Prim

miento. Su brillante trayectoria militar, sobre todo en la guerra de Marruecos, y su personalidad se destacan entre las medianías intelectuales de sus compañeros del generalato. Pero la bravura del soldado no puede eclipsar el reconocimiento de las cualidades excepcionales del gobernante. Era sin duda, por méritos propios, el hombre indicado para conducir la revolución una vez iniciada y para encauzarla, con la convocatoria de unas Cortes, sobre unas bases liberales.

Pero será don Juan Bautista Topete y Carballo, brigadier de la Armada, de impecable hoja de servicios, el que aplique el detonante de la subversión, cuando todas las constantes de la misma se ajustan a lo proyectado. Pero Topete no era un revolucionario politizado o de brocha gorda. Es un monárquico convencido, si bien,

como directo descendiente del progresismo, proclamaba los dogmas de la soberanía nacional y el constitucionalismo democrático para la monarquía que propugnaba, pero decantado a coronar como reina de España a doña Luisa Fernanda, hermana de Isabel y esposa de don Antonio de Orleans, duque de Montpensier, que por cierto había intrigado lo suyo y cooperado con fuertes sumas de dinero a la revolución en marcha. Evidentemente, el destronamiento de Isabel II complacía a todos: progresistas, unionistas, demócratas y, naturalmente, también a carlistas y republicanos. Pero las revoluciones son incontrolables y van mucho más lejos de los límites que ilusoriamente se les quiere imponer; por eso, Topete fue poco a poco apartándose de ella. Es el «no es esto, no es esto», repetido después tantas veces. De todas formas, el compromiso de Topete para con la revolución fue importantísimo. Como reconoce el historiador catalán Miquel i Verges, «la revolución no ganaba solamente a un militar, tenía a su lado a la Marina, que hasta entonces se había mantenido al margen de los constantes pronunciamientos del Ejército». Y, como añade Fernández Almagro, «la Marina participó en la revolución de setiembre y pasó todos los sinsabores que los españoles hubieron de sufrir en tan azaroso periodo».

Se ha dicho que la revolución del 68 fue obra de tres partidos, los mismos que encabezaron la del 54, es decir unionistas, progresistas y demócratas. En la Revolución de Septiembre, los unionistas pusieron los generales (no todos); los progresistas, las ideas (tampoco todas), y los demócratas, las barricadas. Sea válida o no la hipérbole, el conglomerado sería a la postre un verdadero batiburrillo. Unidos, sí, pero revueltos.

Del pronunciamiento a la revolución

Un Ejército politizado y cuyos jefes reclamaban desde su toma del poder «la más rigurosa disciplina» había hecho posible la revolución, que iniciada en Cádiz por la Marina, triunfaba en Alcolea y Madrid en septiembre de 1868. Las fuerzas armadas, que habían derribado a Isabel II, reclamaban una «España con honra», limpia de los defectos que habían singularizado la vida española desde 1833. Eran las mismas fuerzas armadas que habían combatido en México y Santo Domingo, en Indochina y el Pacífico, sacrificándose por causas tan gloriosas como inútiles, desde Saigón hasta Los Castillejos y desde Valparaíso hasta la floresta dominicana.

Sin embargo, el posicionamiento político de la Marina en la Revolución septembrina cogió por sorpresa al Gobierno, máxime cuando aquella

acababa de regresar de una brillante campaña en el Pacífico en la que todo el personal se comportó disciplinadamente, con indudable abnegación, ganándose la admiración y el respeto público. Pero la nación —ya hemos visto algo de ello—, al regreso de los buques, era un hervidero de pasiones. Los Españoles, sobre todo O'Donnell y Narváez, los últimos valedores de la reina, habían muerto con poca diferencia temporal. Los veteranos progresistas, Espartero y Evaristo San Miguel, estaban ya fuera de juego, pero alentaban otros generales díscolos y conspiradores que González Bravo, último presidente del Gobierno de Isabel II, se vio obligado a desterrar a las islas Canarias, mientras Prim, verdadero artífice de la subversión, había pasado de Vichy a Londres para fletar un buque que lo condujera a Cádiz cuando llegase la hora prevista.

Un mes antes de su destronamiento, la reina estaba en San Sebastián de jornada regia; y, con el propósito de visitar algunos puertos de las provincias vascongadas, embarcó en un remolcador que la llevó a Lequeitio y Bermeo, donde la esperaba la fragata blindada *Zaragoza*, siendo recibida con todos los honores y recibiendo los cumplidos de su comandante, don José Malcampo (uno de los marinos más comprometidos con la sublevación). Tanto es así que, cuando llegaron rumores de que algo se preparaba en Cádiz, el despistado González Bravo previno al gobernador de aquella provincia de que «contase y



Juan Bautista Topete

utilizase la marina en el caso de que fuera necesario». Lo que ignoraba el presidente es que en Cádiz ya se vivía un ambiente prerrevolucionario, auspiciado por hombres como Fermín Salvochea, Paul y Angulo –rico bodeguero jerezano, entusiasta admirador del general Prim y más tarde su feroz enemigo–, el doctor Rubio y Ramón Cala, activistas todos del proceso revolucionario, alborotadores de las clases bajas. También ignoraba que el capitán general de la plaza, Rafael Primo de Rivera –al que San Fernando haría hijo adoptivo–, estaba con los disconformes y presto a poner el Regimiento de Cantabria al servicio de la revolución.

Pero, después de la cordial visita de la todavía reina a los barcos, casi nadie podía pensar que a los pocos días estallarían en ellos una revolución anti-dinástica. Sin embargo, existían rumores de que la Marina no sería ajena a ella, pues a mitad de agosto, en Machichaco, donde estaba fondeada la *Zaragoza*, se recibió la visita del capitán general de Ferrol, don Francisco de Pardo Pavia, que llegó en el vapor *Francisco de Borja*. Dicho almirante celebró una reunión en la cámara de oficiales, en la que dijo que diversos focos secretos masónicos gaditanos habían invadido las cámaras de los buques existentes en Cádiz, donde habían ganado muchos adeptos. La fragata, pasados unos días, continuó su viaje a Cádiz y allí se concentró con la *Villa de Madrid*, al mando de Rodríguez Arias, y con otros buques y mandos de distinto porte: fragatas *Lealtad* y *Tetuán*, vapores *Ferrol*, *Vulcano*, *Isabel II* y *Ciudad de Cádiz*, goletas *Santa Lucía*, *Ligera*, *Concordia* y *Edetana*, corbeta *Tornado*, urca *Santa María* y fuerzas sutiles de desembarco. La bahía de Cádiz lucía esplendorosa con tanto barco acunado en ella.

La Marina, factor esencial

El historiador mejicano Mendieta Núñez, en su interesante libro *Teoría de la revolución*, considera cuatro etapas bien definidas en toda conmoción política: incubación; lucha armada y organización provisional del nuevo régimen; triunfo y consolidación del poder revolucionario, y creación de nuevas formas de convivencia. El papel de la Marina en cada una de estas fases es muy diferente. En la incubación deja la iniciativa a los generales y a los políticos comprometidos. Para la lucha armada, en el caso de que pueda haberla, tiene a sus dotaciones preparadas, pero no saldrán de la bahía gaditana. En cuanto a las restantes fases del proceso revolucionario –triunfo y consolidación del poder, y creación de nuevas formas de convivencia–, sus cuotas de exigencia son muy reducidas, y desde luego no satisfechas.

El día previsto para el alzamiento era el 17, y así se lo había hecho saber Topete a los marinos conjurados (MacCrohon, Sanchez Barcáiztegui, Pílon, Pardo, Pastor Vial, Oreyro y otros, con la sola excepción de Vicente Montojo, comandante de la goleta *Ligera*, pues dudaba seriamente de su adhesión). Pero don Juan Bautista no quería realizar el acto de insumisión sin que el general Prim, su más decisivo protagonista, estuviera a bordo de la *Zaragoza*,

y que navegaba de Londres a Gibraltar en el vapor *Delta*, donde pasaron horas difíciles y de donde los sacó el republicano Paul y Angulo. Otro barco, el *Buenaventura*, venía desde Canarias con los generales desterrados: Serrano, Dulce, Caballero de Rodas, Serrano Bedoya, etc., pero estos podrían tener la condición de prescindibles. Sin embargo, Prim, al que acompañaban entre otros Sagasta, Ruiz Zorrilla y Abelardo López de Ayala, no.

El brigadier Topete había dejado hacía poco más de un mes el mando de la fragata *Villa de Madrid* y tomado posesión del puesto de capitán marítimo de Cádiz. Curiosamente, el puesto era de capitán de navío, pero muy codiciado, por cuanto tenía ciertas retribuciones complementarias y un detalle sumamente importante: completa libertad de acción para moverse, establecer contactos y acordar situaciones. Además, Topete era diputado a Cortes por Cádiz por la Unión Liberal y contaba con muchos afectos ciudadanos, por lo que puede entenderse toda la confianza depositada en él para el trascendental acto que se preparaba.

Cuenta Ildefonso Bermejo, en su voluminosa *Estafeta de Palacio*, que la víspera por la noche Topete –hombre templado donde los hubiera– estaba sumamente nervioso y no hacía más que mirar el barómetro, y salir y entrar de su despacho con amplios ventanales, mirando también a la bahía. Y nos describe la llegada de Prim, vestido de teniente de navío y muerto de hambre (hubo que improvisarle un tentempié frío) y su embarque con Topete y el teniente de navío Emilio Hediger (el que había prestado el uniforme a Prim) en la *Zaragoza*, donde Malcampo y sus oficiales esperaban también expectantes. La noche había sido tormentosa en todos los aspectos, incluido el meteorológico.

Y a las diez de la mañana del 18 de septiembre de 1868 fondearon las fragatas frente a las murallas, y cerca del mismo día Topete mandó engalanar los buques y cubrir vergas y pasamanos para realizar el saludo naval. Al puente de la *Zaragoza* subieron su comandante, Malcampo, Topete y Prim, aún vestido de teniente de navío. Una vez los buques engalanados, se ordenó a Hediger que diera los tres vivos reglamentarios, que fueron realizados normalmente. Pero el general Prim, con voz rotunda, vitoreó a la libertad y a la soberanía nacional, vítores contestados con caluroso entusiasmo por las dotaciones.

La suerte estaba echada. Don Juan Bautista Topete y don Juan Prim, sin proponérselo, acababan de abrir los diques del torrente revolucionario. Bien es verdad que Prim trató después de contenerlo y encauzarlo sin salirse de la monarquía, aunque buscando otra línea sucesoria, pero la revolución es muy difícil de parar y él sería su primera víctima. En cuanto a Topete, que fue el que abrió las compuertas, no buscaba como Prim relevancia política sino, como él decía, «una España con honra», y siguió en destinos profesionales con mayor o menor fortuna.

La revolución, en marcha

Al día siguiente del pronunciamiento, tras la retórica de los manifiestos patrióticos, críticos o esperanzadores, Prim había zarpado junto a Topete en

la *Zaragoza* hacia las costas levantinas para animar espíritu y sumar sublevados, mientras en Cádiz se producían los primeros desórdenes, con alborotos callejeros, banderas con sus leyendas y charangas populacheras. Serrano llegaba a Sevilla con las tropas que iba incorporando y los «Voluntarios de la Libertad», muy trabajados por la técnica de la demagogia. Entretanto, la reina, sorprendida y afectada por la deserción de Topete y Malcampo, a los que profesaba particular afecto, aceptó la dimisión del «visionario» González Bravo y nombró al general Concha, marqués de La Habana, nuevo presidente, y al general Pavía, marqués de Novaliches, jefe del ejército que debía enfrentarse con los sublevados e impedir que sus tropas, con Serrano al frente, llegasen a Madrid, donde ya se había nombrado la inevitable junta, en este caso presidida por el ultraprogresista y gran estadístico don Pascual Madoz.

El encuentro entre ambos ejércitos tuvo lugar el 28 de septiembre en el puente de Alcolea, cercano a la ciudad de Córdoba, donde las tropas de Serrano y Caballero de Rodas vencieron a las de Novaliches, que resultó herido. El duque de la Torre, en un gesto de camaradería, visitó a su contendiente herido, con quien se fundió en un emotivo abrazo que parecía evocar el de los generales Espartero y Maroto que puso fin a la primera guerra carlista.

Serrano marchaba con sus tropas hacia Madrid sin encontrar la menor resistencia, recogiendo pueblo tras pueblo adhesiones y vítores incesantes, por lo que, perdida toda esperanza, la monarquía borbónica encarnada en Isabel II no tenía otra opción que dejar el campo libre y esperar mejores tiempos (que vinieron tras la restauración de la Corona en su hijo Alfonso XII), y el 30 de septiembre pasó la frontera de Francia para establecerse provisionalmente en Pau. Jamás volvería a traspasarla como reina de España.

El 3 de octubre de 1868, el duque de la Torre hizo su entrada triunfal en Madrid. Las cosas parecían encauzarse hacia la normalidad, toda vez que la Junta madrileña, que hasta entonces había ejercido el poder, encargó a Serrano la formación de un gobierno provisional al día siguiente de su llegada a la capital. Este mandato fue mal acogido por muchas de las numerosas juntas, que no admitían la supremacía de la de Madrid y consideraban a Prim el auténtico «líder» de la revolución. Por ello, Serrano hubo de aguardar la llegada a Madrid de Prim para formar el mencionado gobierno provisional, que quedó constituido el 9 de octubre y en el que Serrano distribuyó las carteras de acuerdo con intereses y compromisos muy claros. Para la cartera de Marina —la que verdaderamente nos interesa— fue nombrado don Juan Bautista Topete, quien tras el pronunciamiento se había quedado en Cádiz ejerciendo de capitán general del departamento.

La marcha de la revolución siguió sus cauces, no fáciles ni asequibles a todos quienes la habían propiciado. Su fruto más logrado fue la aprobación de la Constitución de 1869, la más progresista y, en alguno de sus planteamientos, sectaria, como ocurriría con la de la Segunda República española. El nuevo texto legal fue discutido y aprobado y facilitó la regencia al general Serrano, que entre otras prebendas recibió el título de «Alteza». ¡Qué orgulloosa y complacida se sentiría doña Antoñita!

Las reformas del almirante Topete

Parecía cantado que, después del protagonismo del brigadier y ya almirante don Juan Bautista Topete en la revolución Gloriosa, la cartera de Marina en el primer gobierno que se constituyera fuera para él. El nuevo ministro se esforzó desde el primer día en borrar la mala imagen que sus antecesores, sobre todo Marfori y Martín Belda, habían dejado en la institución. Así las cosas, la tarea más urgente que se le planteó a Topete fue mantener la vinculación de la Armada al nuevo régimen con una serie de reformas encaminadas a la reestructuración orgánica de la corporación, y se puso a trabajar a destajo en ello. El desconcierto administrativo era grande, y el ansia de reforma, prioridad absoluta. Su principal proyecto era la creación de un almirantazgo a imagen y semejanza inglesa, pero con ciertos atisbos «a la española» que garantizaran su funcionamiento con eficiencia y eficacia. Con tal motivo escribió una larga y muy cariñosa carta a don Casto Méndez Núñez, almirante de la escuadra del Pacífico, exponiéndole los motivos de la creación del nuevo organismo y pidiéndole que aceptara su presidencia, pero circunstancias de distinta índole lo hicieron fracasar. Y no precisamente por las personas que lo integraron, ya que de presidente del mismo actuó el propio Topete y de vicepresidente don Casto Méndez Núñez, al que su antiguo subordinado había hecho regresar del Pacífico.

Apremia el tiempo. Designada la Junta Provisional del Almirantazgo, Topete le encomienda que, además del despacho ordinario de los asuntos de la Armada, atienda a una completa reorganización de la misma, redactando y completando un proyecto de ley naval que debe ser presentado a las Cortes Constituyentes para su definitiva aprobación. En dicho proyecto, ambicioso en cuanto a la forma y el fondo, debía estar contenido:

- 1º el reglamento del Almirantazgo, que en lo sucesivo debe regir en la Armada
- 2º la clasificación del personal activo y pasivo de todos los cuerpos
- 3º una ley de ascenso y personal que debe constituir los cuerpos de la Armada
- 4º la simplificación del sistema de contabilidad
- 5º La organización y fomento de los buques y arsenales
- 6º la regulación del material que debe constituir la fuerza marítima del país
- 7º la enajenación del material inútil o inservible
- 8º el arreglo y la nueva redacción de presupuestos.
- 9º el estímulo para el voluntariado en el servicio naval
- 10º el fomento y desarrollo de la Marina Mercante
- 11º el fomento y desarrollo de los establecimientos científicos
- 12º un programa de ampliación de la ilustración de la juventud en la Armada
- 13º la reorganización de la Artillería y la Infantería de Marina.

- 14º la reforma del Cuerpo de Sanidad
- 15º la pronta organización de los cabos de cañón
- 16º la reforma en la escuela de contramaestres y
- 17º la redacción de un nuevo Código Naval Penal.

Como puede advertirse, es todo un ambicioso programa que no podría aplicarse en toda su generosa extensión, pues en aquellos años no siempre buenas intenciones y laudables propósitos se veían coronados por el éxito.

Con el ministerio de Topete se cambiaron los nombres de los principales buques de la Armada que tuvieran reminiscencias borbónicas, la guinda de todos los pasteles revolucionarios, y se ordenó la creación de una escuela naval flotante a bordo de la antigua fragata *Princesa de Asturias* (ahora simplemente *Asturias*), fondeada en Ferrol. La exposición de motivos, redactada personalmente por Topete, es un cuidadoso y logrado exponente de lo dicho. Merece la pena recordarlo.

Pensaba añadir un epígrafe final con el título «España a la deriva» porque eso fue el Sexenio revolucionario de 1868 a 1874: enfrentamientos inmisericordes, corrupción y crisis económicas, un rey como sacado de un mercadillo y una república con cuatro presidentes que no duró siquiera un año, reanudación de la guerra de Cuba y, como postre, una sublevación cantonal que tanto afectó a la Marina en su aspecto más negativo. Pero no quiero invadir el espacio de mis compañeros en estas jornadas, que seguramente lo harán mucho mejor que yo.

El desgaste físico y moral, el agotamiento económico y las crisis estructurales dirán la última palabra en la diluida imagen de esta España frustrada a dos bandas. Los ecos de aquel vibrante grito de Topete en la mañana del 18 de septiembre, que vitoreaba a una España con honra, se habían apagado. Su resonar enmudeció, tristemente, en los arcanos de la Historia.